

Alfonso Escudero

Agustino.

## La actividad literaria chilena en 1926

### I. VERSOS

“**U**NA vida y una obra continuándose la una en la otra, como madre oscura en hijo glorioso.

A una larga existencia contemplativa corresponde esa expresión que se goza y distiende en el paisaje.

Al amante del silencio, un verso que ondula como la brisa.

A una gran bondad íntima, la expresión que palpita como un pulso.

A la naturalidad de una vida, la sencillez de palabras habituales.

Como el corazón en el cuerpo humano, la existencia de Manuel Magallanes Moure, latió central entre todos los hombres.

He ahí el origen de esta poesía desnuda que fluye, como el perenne surtidor de la fuente...

Es una voz meridiana, de todos comprendida, voz exenta de los grandes contrastes que traen las sombras del alba o del crepúsculo.

Una poesía ni vieja, ni joven: palabras que no perturban, versos que no encandilan.

Así encabeza Pedro Prado la selección poética de Manuel Magallanes Moure (*Sus mejores poemas*, 1926).

El poeta de *La casa junto al mar*, tuvo, declara *Ginés de Al-*

*cántara*, «el sentido de la hermosura diluído en la sangre,... una bondad de corazón con la que, cuando callaba el artista, llegaba siempre a la elocuencia viva de las bellas actitudes el hombre silencioso, y una dignidad sostenida para pensar, para sentir y para vivir».

«Su vida fué un poema más», sintetizó Daniel de la Vega.

La selección de *Florilegio* bastaría para su nombre, escribí hace dos años. Hoy podré corregir: El volumen de *Sus mejores poemas*, seleccionados por Pedro Prado, sustituye ventajosamente al *Florilegio* costarricense, y presenta a Manuel Magallanes Moure (1878-1924) en toda la riqueza interior de su poesía.

Era la suya, una poesía sencilla, suave, concentrada, sin artificios, de un colorido que jamás disuena, sincera, poesía silenciosa, como de cuerda con sordina. Una especie de vago panteísmo solía asomar a sus estrofas. Y la emoción se trasmítia sin esfuerzo, de alma a alma.

Observa Pedro Prado que Manuel Magallanes Moure es el poeta más portugués de nuestras letras: sus apellidos y ese tinte de *saudade* que recorre toda su obra, ahorran cualquiera insistencia.

Y como tratándose de Magallanes, siempre habrá que recurrir a Pedro Prado, sean también de Pedro Prado las palabras que cierran estas líneas ajenas:

«A través de él, como a través de una lente pura, elevada a lo alto, vislumbré, con el mismo ánimo que nos suspende ante una noche clara, la inmensidad solitaria por donde cruza la belleza imponderable».

Una simpática colección lírica barcelonesa, fundada, en la Editorial Cervantes, por Manuel de Maristany, *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*, sigue publicando selecciones de poetas nuestros.

En 1926, los favorecidos han sido: Alicia Lardé de Venturino, salvadoreña de fuertes raíces en Chile; *María Monvel* de Donoso, la autora de *Fué así...*; y Daniel de la Vega.

Tipográficamente, en Alicia Lardé, hay una gran riqueza de signos exclamativos y suspensivos.

Es su sangre tropical que hierve inquieta. Y también, el menor dominio de la expresión, de una escritora que está muy lejos de conocer la serenidad.

*María Monvel* es, literariamente, más tranquila. Ya dice *Gabriela Mistral* que «en *María Monvel*, la tortura se halla en el espíritu; pero el verbo no conoce confusión ni torcedura desgraciada».

Sus versos son el retrato de la mujer, la madre y la cultivadora de la belleza auditivo-verbal.

A su «carencia de hieratismo» corresponde su «expresión nítida», ropaje de una poesía suave, sencilla.

La selección de Daniel de la Vega es algo que hacía falta.

La fecundidad del poeta de la *Ofrenda a Jesús* tenía más de un inconveniente. Dificultaba el conocimiento de sus páginas mejores, y el peligro de la repetición iba siendo cada vez más temible.

A pesar de algunos pecados de omisión, la selección barcelonesa, en general, está bien; y no queda dónde aplicar los calificativos de cursi o excesivamente sentimental que más de alguien quisiera arrojar sobre Daniel de la Vega.

Su poesía aparece vestida de delicadeza, elevación de ideas y natural elegancia, en medio de palabras sencillas y frases ricas de emoción.

Grande fué mi sorpresa al saber que el autor de *Las plegarias de la carne*, meses después de publicar *Maya*, ensayo novelesco nada edificante, anunciaba un novenario lírico: *Francisco de Asis*.

Pero ciertas bellas *palabras iniciales* de *Omer Emeth* desvanecieron preocupaciones, y la lectura del librito confirmó los elogios de la crítica.

Una expresión elegante, sobria, limpia de parches, dice verdades y loas de un acento personal y muy humano.

Enamorado de la gracia literaria y dominador de muchos recursos, en la precisión de encasillarlo en alguna escuela del pasado, la del Parnaso tal vez no le sería antipática a Augusto Iglesias.

Por otra parte, esa curiosa coexistencia de sensualismo y espiritualidad mental un poco tardía, de su *novenario lírico*, más de una vez me ha hecho menospreciar distancias y acordarme de una de mis admiraciones francesas de hoy: François Mauriac.

Y para abreviar, el elogio de don Emilio Vaïsse (*Omer Emeth*):

«Baste decir aquí que, a juicio mío, el «Santo Trovador» (que así llamaba Goerres a San Francisco) ha encontrado en Augusto Iglesias un trovador digno de él».

Ya va siendo cosa de rúbrica decir que es curioso el caso de Carlos Préndez Saldías en las letras chilenas.

«Pensó y procedió, dice J. Lagos Lisboa, como le pareció más honrado. Signó sus libros con preámbulos originales. Se vistió a su modo, con elegancia propia y sobria. De ahí que lo que casi siempre es una pose decorativa, en él es sólo una paradoja. Préndez con gafas, o macfarlanes o chambergos, es el aspecto lógicamente exterior del poeta que hay en él, dolorido y varonil, evocador del hogar paterno deshecho por los años, guardador de una lámpara de amor permanentemente encendido al recuerdo del padre noble y de la madre bella».

Pero si curioso es su exterior, más curiosa aún es su evolución literaria. De la insignificancia de *Misal rojo* (1914), hasta la poesía de *Amaneció nevando* (1925), hay una gran distancia; y si en su breviario amoroso titulado *Devocionario romántico* (1926) el avance es problemático, a lo menos conserva su posición anterior de poeta delicado y varonil.

«Sus versos, concluye J. Lagos Lisboa, están hechos con sangre y sol de la tierra. Son versos humanos, velados apenas por lejana bruma azul, como para suavizarlos de su aspereza

terrena. Versos vividos y sentidos en cada una de sus palpitaciones».

Desde la lejana quietud de La Serena, con cierto aire de cansancio elegante y joven, nos llegan los poemas de *La luna de oro*, de Fernando de Binvignat:

En la tarde azul de Octubre,  
más azul en el soñar,  
con tu recuerdo en mi alma  
voy por la orilla del mar.

El mismo amor de otros días,  
la misma fe y la emoción  
que en otra tarde lejana  
sangrara en mi corazón.

Versos fáciles, libres, frescos, delicados, discretamente melancólicos, reveladores de un poeta joven de cuerpo y alma.

La lectura de obras como *Bajo la Cruz del Sur*, de don Samuel A. Lillo; y *Música lejana*, de Benjamín Velasco Reyes, es algo que nos resulta algo lejano y nos produce la impresión de que ya lo habíamos oído muchas veces, no sabemos dónde.

De las revelaciones del año, recordemos ante todo los nombres de Carmen Bruner y Chela Reyes.

Carmen Bruner se manifiesta *Herida*; y Chela Reyes Valledor nos cuenta su *Inquietud*: ambas en libros de portada de gusto selecto, tan oportuno con almas primaverales.

Pero mientras Carmen Bruner fué toda ímpetu pasional de palabras atrevidas, Chela Reyes vale ante todo por la encantadora ingenuidad que dió vida lírica a sus versos.

Otra revelación de interés ha sido la del doctor Ramón Clares, autor de unas *Estampas sagradas* muy bien diseñadas, muy cerebrales, frías, elegantes, obra de alguien que no desconoce ni lo antiguo ni lo moderno.

Nadie ignora que la designación de «nueva poesía» es algo muy elástico y relativo. Ayer se aplicó a una tendencia; mañana se aplicará a otra tendencia o grupo de tendencias muy diferente.

Por hoy, ese nombre correspondería en Chile a los amigos literarios de *Pablo Neruda*, Vicente Huidobro y *Pablo de Rokha*; y, en 1926, sus producciones poéticas, más representativas, fuera de la reedición del *Crepusculario* de Neruda y de los *Poemas* de Salvador Reyes, serían *El aventurero de Saba*, por Humberto Díaz Casanueva; *Mirador*, por Rosamel del Valle; *El pescador de estrellas*, por Alejandro Gutiérrez y Luis Enrique Délano.

Otros libros en versos impresos en el año, son: la tercera edición chilena de *Desolación*, de *Gabriela Mistral*; las *Rebelías líricas* del malogrado José Domingo Gómez Rojas (1896-1920); los *Cantos de Aldea*, por Juan J. Hidalgo; el segundo volumen de las *Fábulas*, del Pbro. don Luis A. Román; *Excelsior*, de Hernán Jaramillo; *Sueños y rimas*, versos ingenuos de un poeta-dibujante de quince años, Jorge Domínguez Sierra; *La sombra de Psiquis*, por Alberto Mauret Caamaño, quien, al decir de amigos suyos, redime con esa obra más de un antiguo pecado de lesa decencia literaria; *Etapas*, por *Renato Leblanc* (Agustín Alvarez); *Suprema angustia*, de Manuel Díaz y Omnes (Quillota); *Cascada silenciosa*, de Benjamín Enrique Morgado; *El primer latido*, de Ernesto Ovalle Sepúlveda; *Palpitación de vida*, por Mónica de la Cruz; *Icono*, de S. Letelier Maturana (Talca); *Mis primeros cantos*, por Berta E. Fernández Silva (Valparaíso); *Oraciones del alma y de la carne*, por Rafael Fernández Rodríguez; *Botones de versos*, por Cleofe Tollini (Osorno).

## II. NOVELA

Una tarde de no recuerdo qué mes, asistí a una conversación de Pedro Prado y Jenaro Prieto.

Pedro Prado venía llegando de Buenos Aires, donde había

dicho muchas verdades dolorosas a propósito de las garras del Tío Sam y de la ingenuidad política de Suramérica. Jenaro Prieto continuaba, *pluma en ristre*, una simpática campaña periodística de años. Y ambos hablaron de la situación de Chile como grandes patriotas de idealismo amargado.

Desde esa tarde, mi apreciación de Jenaro Prieto estaba confirmada.

Su humorismo es risueño sólo de apariencias. Tras la careta, la mueca del descontento provocada por el fracaso de sus esperanzas, adquiere una expresión inquietante.

Ese fué el origen de *Pluma en ristre* (1925); y ese mismo origen tuvo, el invierno pasado, *Un muerto de mal criterio*, novela de ultratumba.

La dedica «al sentido común, con el respeto que merece un adversario franco y decidido».

Al fin de un capítulo de factura maestra, don Marcelo, al pasar de este mundo al otro, aparece muy sentado en el sillón de su escritorio, juzgando, en la misma sala donde ejercía cuando vivo sus funciones de juez de primera instancia.

Y como en la tierra, también hay ultratumba causas atrasadas que esperan fallo. Y algunas muy atrasadas.

Por ejemplo: «Atahualpa contra Francisco Pizarro, por cobro de pesos»; «José contra la señora de Putifar, por robo de una copa»; «Juana de Arco contra Voltaire, querrela de calumnia», etc.

Aparece el secretario, Guezalaga.

Don Marcelo y Guezalaga. Don Quijote y Sancho. Solaguren y Galíndez. Como Don Quijote, don Marcelo tiene «mal criterio», y como Solaguren, juzgará «en conciencia».

Afiliado a la escuela de los «iqueístas», espíritu burgués, personificación del sentido común en el significado de ordinario, «la metafísica no era la especialidad de Guezalaga». Era la especialidad de don Marcelo, amigo de «complicarlo todo». Pero su metafísica es desensfadada, personal, artística. Su dios podría llamarse Sentido Propio.

Su exceso de clarividencia, en vez de facilitarle sus tareas judiciales, las dificulta; y así como al estrujar mucho los argu-

mentos, a nadie envía don Marcelo al infierno; se adivina que, si a don Marcelo se le ocurriera estrujar esos mismos argumentos en un sentido inverso, casi todos sus juzgados irían a un lugar muy lejano del cielo.

Cada uno de sus juicios da ocasión para que se ponga de manifiesto la diferencia de criterios de juez y secretario. Claro es que siempre vence el juez, y cada victoria judicial es otra victoria artística de finura, benevolencia y chispa.

*Un muerto de mal criterio* coloca a Jenaro Prieto, a pesar de haber comenzado un poco tarde, entre lo mejorcito de la novela nacional.

Pintor, abogado y hombre de negocios, al principio, en lo que menos pensó fué en escribir.

Y ahora nos resulta—después de *Pluma en ristre* y *Un muerto de mal criterio*,—el mejor humorista nacional, y uno de nuestros escritores mejor aprovechados, y sobre todo, mejor dotados. Don Pedro N. Cruz lo comparó a Rafael Egaña; pero es quedarse, *laudator temporis acti se puero*, muy atrás.

Imaginación fértil, agudeza de observación y de pensamiento, sensibilidad de artista, buen gusto y un estilo natural, dócil, ya son cualidades de valía.

Y la claridad y rapidez de su visión de lo ridículo sólo puede tener un contrapeso: su indulgencia de artista comprensivo y benévolo.

¿Quién, desde hace tres años, no conoce, en Chile, la firma de Marta Brunet?

Primero, *Montaña adentro*, en 1923; y ahora, *Don Florisondo*, *Bestia dañina* y otras páginas suyas, han hecho que más de alguien (Hernán Díaz Arrieta, Pedro N. Cruz) recuerde a Maupassant y otras eminencias del cuento y la novela corta.

Y ya no se puede echar a la galantería masculina la culpa de su consagración.

Habla don Pedro N. Cruz:

«En el género más popular, y más cultivado entre nosotros, el cuento o la novela corta, Marta Brunet, con dos o tres pro-

ducciones, ha superado a todos nuestros cuentistas, en forma incontestable y tal que es preciso estar cegado o no entender para no verlo.

Su reciente novelita *Bestia Dañina* es excelente. Manifiesta fantasía fértil, aptitudes tan vigorosas y un sentido artístico tan seguro, que, de seguir así, podrá rivalizar en poco tiempo con lo mejor que en esta materia se ha producido en Sud-América.

Marta Brunet Cáraves es muy joven. Nació en Chillán. Estuvo en Europa cerca de tres años, 1912-1914, sobre todo en España, donde todavía existen personas de su familia. A su regreso a Chile, ha residido en diversas ciudades; y desde hace poco, su actividad literaria la ha recluso en Santiago. Pero piensa volver a España, a vivir la vida de la aldea española, en una casa antigua, herencia de sus mayores.

No conoció el liceo. Lo que sabe lo aprendió leyendo, leyendo mucho, clásico y moderno.

Por lo que toca a 1926, su producción literaria ha sido fecunda: sus cuentos *Don Florisondo* y *Doña Santitos*, uno de los mejores números de *Lectura Selecta*; el premio de honor en el concurso de cuentos de *El Mercurio*; *Kaleidoscopio*, sección dominical de crítica y otras variedades en *El Sur* de Concepción; *Bestia Dañina*, novela, y muchas otras colaboraciones suyas en diversos periódicos chilenos e hispanoamericanos.

Hasta ahora, la labor novelesca de Marta Brunet ha girado alrededor de la vida campesina.

Toma sus personajes de la vida real, pero las aventuras de esos personajes las inventa ella misma.

Conoce bastante la vida del campo, pero sus descripciones son sobrias, precisas, oportunas. Generalmente no apunta sino los rasgos más característicos de un ambiente.

La acción, eje del relato, camina con rapidez, sin detenerse en divagaciones molestas.

Se ha hecho notar, y la autora está de acuerdo, el considerable carácter dramático de sus relatos, sobre todo en *Bestia dañina*; y es que Marta Brunet también tiene sus simpatías por el teatro, aunque todavía no se ha decidido a cultivarlo.

Desde luego, como preparación, no mezquina el diálogo movido. Así la novela gana en livianura, en interés; y los personajes aparecen, hablan y obran ante el lector; se dan a conocer personalmente, sin necesidad de muchas presentaciones bajo la sola palabra de la narradora.

A veces, suele pasar por sus relatos, una corriente de humorismo no exento de malicia.

Su lenguaje es vigoroso, claro, flexible, Resultado de vocación, lecturas, talento, buen oído.

Y ahora, algunas observaciones irrespetuosas.

*Montaña adentro*, *Don Florisondo* y *Bestia Dañina*, son hermanos que se parecen mucho.

Además, en los campesinos que nos presenta Marta Brunet, rudas gentes de una pieza, el porcentaje de animalismo es quizá demasiado alto en proporción a la dosis de racionalidad y elevación de miras.

Personajes de menos incultura serían más ricos en matices espirituales, y por lo tanto, más peligrosos.

Y es que en el análisis psicológico, la autora de *Bestia Dañina* tiene todavía bastante que aprender.

Mientras tanto, su talento, su juventud y su laboriosidad, alimentan buenas esperanzas en Tierra «Bravía», «María Rosa, Flor de Quillen» y otras promesas literarias de Marta Brunet.

El más representativo de nuestros poetas «nuevos», Pablo Neruda, nacido a la celebridad literaria en 1923, con *Crepusculario*, que a principios de 1927 acaba de alcanzar segunda edición; en 1926, a petición del editor Nascimento, escribe una especie de cuento o novela corta: *El habitante y su esperanza*.

Pero el hábil cazador de imágenes nuevas es, ante todo, enemigo oficial de la intriga novelesca; y así, después de unas páginas de frescura alada, «nos queda en las manos un libro de papel tiranizado por el prejuicio, esclavo de la escuela que manda deshumanizar el arte... Asistíamos a una fiesta divina: presenciamos un fracaso humano» (*Alone*).

El dramaturgo chileno Armando Moock, después de ser en 1925 el hombre de la temporada dramática en Buenos Aires, vive algunos meses en París, y regresa a Chile con una novela: *Vida y milagros de un primer actor*.

Aunque las peripecias del sastre metido a primer actor no nos convenzan, y el talento de Moock hiciera esperar algo más, la novela contiene observaciones interesantes.

Lástima que los impresores parisienses hayan echado a perder, tanto su aspecto ortográfico.

Ahora Moock vuelve de cónsul a La Plata, donde proseguirá sus actividades de autor teatral.

Literariamente vale mucho más, aunque se nos haga muy cuesta arriba el decirlo, otra novela impresa en París por un chileno: *El último decadente*, de Armando Zegrí.

El muchacho que hace algunos años ensayaba en este extremo del mundo *La risa del dragón* (1920) y *Minerva, la de los ojos glaucos* (1921), ya sabe lo que es escribir.

Pero hay en *El último decadente*, demasiada afectación intencional, mucho cerebralismo, mucha perversidad fría, y la presidencia de Oscar Wilde está demasiado visible.

El día que, olvidándose de flores malsanas, se decida Zegrí a darnos una novela más naturalmente humana, lo aplaudiremos sin reservas.

De París también llega una novela de Marcelle Auclair-Prévost. Se llama *Changer d'étoile*, y en ella recuerda la autora sus años de permanencia en el Chile que aplaudió las poesías de su *Transparence*.

Hernán Díaz Arrieta escribió un día:

«Acaso ningún escritor chileno haya conseguido la amplia y peculiar notoriedad de Yáñez Silva, novelista, cuentista, dramaturgo, crítico de pintura y de teatro. Con una constancia completamente excepcional, cultiva, hace más de veinte años, los mismos surcos del mismo huerto; y ahora está recogiendo el fruto

de lo sembrado. En el cuadro de la literatura nacional, su figura se yergue aparte, con relieve propio, fijada para siempre en la actitud que él ha querido. Tiene personalidad a tal extremo que, por esa curiosa ley del círculo, llega hasta a perderla un poco. Su nombre se halla convertido en términos de retórica, y, para calificar y clasificar a un artista, puede escribirse, sin que nadie equivoque la intención: El Yáñez Silva de la pintura, el Yáñez Silva de la música. Ha dejado de ser un escritor individual: es lo que se llama un tipo».

Días más tarde, Yáñez Silva equivocó voluntariamente la intención, varió algún tanto los trazos de su retrato y lo antepuso como elogio a su novela en colaboración triple, *La tragedia del arte*.

Y, tanto por la intención como por la paternidad principal, el retrato del autor resultó lo mejor de la obra.

De Eduardo Barrios, recientemente nombrado Director de la Biblioteca Nacional y el novelista chileno más conocido en el extranjero, se reeditan no sé por qué vez, en la casa Calpe de Madrid, sus dos mejores obras: *El Hermano Asno* (1922) y *Un perdido* (1918).

El novelista argentino Manuel Gálvez ha dicho de *Un perdido*: «quizá la mejor novela producida por un hispanoamericano».

Y, aunque no soy de ellos, hay quienes anteponen a *Un perdido*, *El Hermano Asno*.

Nascimento reimprime *El Crisol* (1913), novela de Fernando Santiván, el autor de *Palpitaciones de vida* (1908), y *La Hechizada* (1916); y la Imprenta Universitaria da a conocer *Hojas de bambú*, de Efrén Rebolledo, Consejero de la Legación de México en Santiago.

Otras novelas, por lo menos de intención, aparecidas en 1926, se llaman: *Heroica*, por Olga Lafaste, de Temuco; *De-*

sorientación, por Teobaldo D. Díaz Rojas, con prólogo de Daniel Martner; y *Un fracasado*, por Ninón de Sultner.

### III. CUENTOS

Mariano Latorre Court reúne diez cuentos: dos inéditos, otros dos de los *Cuentos del Maule* (1912), y seis de *Cuna de Cóndores* (1918), y hace pasar el volumen por *Sus mejores cuentos*.

Me permito no estar de acuerdo.

Esos no pueden ser los diez *mejores cuentos* de Latorre. Desde luego en *Ully*, junto a la novelita que da nombre al volumen, hay cuentos mejores, *Un hombre*, por ejemplo.

Otro pecado grave de la selección de que trato, es la inferioridad de los dos cuentos no editados antes: *El aspado* y *La desconocida*.

Así, nada tiene de extraño que críticos de gustos excesivamente franceses, hayan hecho disecciones demasiado crueles de esos tan mal llamados los *mejores cuentos* de Mariano Latorre, quien, a pesar de todos sus defectos, es uno de los mejores escritores chilenos, y sobre todo, el más chileno de nuestros escritores.

Y no adelanto otras notas, en la espera de darlas muy pronto reunidas en un artículo menos apresurado.

Para más tarde dejo también mi comentario de los *Cuentos* de Federico Gana, fallecido en Abril de 1926.

En varios parajes de su *Mingaco*, Carlos Acuña se presenta a los lectores como poeta y cuentista criollo.

Y lo es. Muy masculino, muy amante de su terruño sureño, sano, el ex-redactor jefe de *Zig-Zag* y actual Secretario del Archivo Histórico Nacional, da, en *Mingaco*, relatos de la vida campesina, o, más frecuentemente, historietas de la costa de Maule. Casi siempre aparece el autor en una especie de composición de lugar.

A pesar de la desigualdad de valía de los relatos, *Mingaco* me parece una nueva prueba del éxito que Acuña promete

alcanzar en un proyecto simpático: la novela de una familia campesina acomodada.

La editorial Lux, de Valparaíso, reedita el primer tomo de los ya tan conocidos *Cuentos de Ronquillo* (Egidio Poblete).

*Esclavos*, relatos del bajo pueblo, por *Hermes Nahuel*, obtiene cierto éxito de recibimiento crítico.

El Encargado de Negocios de Chile en Centro-América, don Juan Mackenna Eyzaguirre, envía desde Costarrica sus *Flores pequeñas*, cuentos y artículos. El Capitán de Marina don Carlos Bowen reúne cuentos y crónicas que titula *Del mar y la costa*. Y el teniente de artillería don José Miguel Varas Calvo se estrena en las letras con las narraciones de *Mi visión*.

Mención especial merece aquí una revista de novelas cortas, inéditas, nacionales: *Lectura Selecta*, fundada y sostenida por don José S. Gallay, argentino con algunos años de residencia en Chile.

*Lectura Selecta* comenzó apareciendo cada 15 días; pero ha tenido tan buena acogida que ahora ya sale cada Viernes.

Su precio no puede ser más modesto; hay lecturas para todos los gustos; cada número sale precedido de buenos datos crítico-biográficos, y, sobre todo, la tal publicación era una novedad y una necesidad entre nosotros.

Anotemos los números aparecidos en 1926:

1) Mariano Latorre: *La Confesión de Tognina*; 2) N. Yáñez Silva: *Aquella mujer extraña y pálida*; 3) E. Garrido Merino: *La estirpe*; 4) R. Maluenda: *La Pachacha*; 5) E. Monge Wilhems: *Vida nueva*; 6) Salvador Reyes: *El matador de tiburones*; 7) A. Cruchaga Santa María: *Medianoche*; 8) Ricardo A. Latcham. *Vidas ardientes*; 9) Manuel Rojas: *El hombre de los ojos azules*; 10) Rafael Frontaura: *Cabecita loca*; 11) Fernando Lacalle: *Reyes, princesas y payasos*; 12) María Monvel: *El marido gringo*; 13) Angel C. Espejo: *El marqués del Emparrado*; 14) Marta Brunet: *Don Florisondo y doña Santitos*; 15) Lautaro Yankas: *Marina*; 16) Francisco Galano: *La manda*; 17) P. Brandi Vera: *La fogata de los hampones*; 18) A. Acevedo Hernández:

*La hija de todos*; 19) Berta Lastarria Cavero: *Escaramuzas mundanas*.

En la precisión de seleccionar lo mejorcito de la revista, en 1926, no vacilaría en apuntar *La Pachacha*, de Maluenda, y los números de Mariano Latorre, Marta Brunet, Manuel Rojas, Salvador Reyes, María Monvel, Ricardo A. Latcham, A. Acevedo Hernández...

#### IV. OTRAS PÁGINAS LITERARIAS

Daniel de la Vega recoge, en un voluminito de presentación modestísima y porte liliputiense, crónicas breves, condensadas, chispeantes, que bautiza *Manzana prohibida*.

Imágenes y sugerencias exquisitas; críticas artísticas livianas y profundas; ideas originales sobre muchas cosas, y en todo, la presencia invisible de un poeta, que se diría viene de países muy lejanos, trayendo tesoros fantásticos.

Agudezas, paradojas, audacias, groserías, despreocupación, flexibilidad de payaso y otras modernidades por el estilo, abundan en las crónicas de Ernesto Torrealba: *En el país de Esmeralda*.

La frivolidad lista y el dinamismo de hoy, hechos libro.

*Anillos*, por Pablo Neruda y Tomás Lago.

Un paseo del jefe de nuestros *nuevos*, con un discípulo del brazo.

Neruda ya sabe el camino; está en condiciones de decir, al pasar, sin perder el paso, frescas anotaciones líricas sobre lo que se quiera; y, después de oída algunas veces, su palabra rítmica, asordinada, canta, pinta y anima cosas de una incoherencia rebuscada y concluye por semejar una lluvia de chispas.

El discípulo lo acompaña con paso vacilante; y no siempre acierta a llevar la segunda voz a su joven maestro.

Otro joven maestro, Vicente Huidobro, hace, en *Vientos contrarios*, una «confesión inconfesable», le antepone modestamente algunos elogios sonoros y le agrega paradojas brillantes, imá-

genes de todos los colores, cabriolas de *jazz-band* y otras erupciones de su juventud y de su talento enemigo de la discreción burguesa.

Ignoro si será herejía literaria, pero yo casi prefiero las ilustraciones de José Crefft a las *XXI Meditaciones* del escultor-poeta Alberto Ried Silva.

Aunque *rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur*, el acento dolorido y un poco enojado de esas meditaciones no convence ni impresiona gran cosa.

Tampoco convencen mucho, literariamente, las *Sutilezas* de Ana Neves; ni las *Horas perdidas* por Caupolicán Ponce; ni las *Oscilaciones*, de cierto Raúl Waddington; ni aún (y perdón por el salto) *El sentido de la vida*, de Rabindranath Tagore, traducido por Sady Concha y Aliro Carrasco.

## V. CRÍTICA

1926 debe quedar como fecha famosa en la historia de la crítica literaria chilena.

Zamorano consigue editar el primer volumen de los *Estudios sobre la Literatura chilena*, de don Pedro N. Cruz.

Nacido el 23 de Marzo de 1859, en Molina, hace ya muchos años que don Pedro N. Cruz escribió esos estudios.

Pero su interés y su valor intrínseco continúan como cuando aparecieron por primera vez, en periódicos de que apenas si recordamos los nombres.

Extracto del prólogo:

«Entre nosotros, la crítica cultivada es la periodística. Su objeto es dar cuenta al público de las obras recién publicadas, examinándolas a la ligera, animar al principiante, seguir la opinión común acerca del escritor ya formado, estimular la producción literaria exagerando sus méritos, ampliar la circulación del periódico, ayudar discretamente al amigo o correligionario; todo esto sin emitir juicios que requieran desarrollo, estudio y

que deban fundarse en doctrinas o teorías artísticas, de ordinario poco interesantes para el lector que anda de prisa...

No me he dedicado al ejercicio de esta especie de crítica, y los que están acostumbrados a ella tienen motivo para tildarme de exigente, de desagradable e inoportuno.

Comienza el desfile de estudios.

Sin tomar en cuenta a don Manuel de Salas, que «no era escritor», anotemos algunas líneas referentes a los demás hombres-temas.

*Francisco Bilbao.*

Un eco de Lamennais, Quinet, Michelet y Cía., al lado acá de las cordilleras.

Un buen hombre, servicial, abnegado, recto; pero loco infratable en lo de «cambiar la faz social, política y religiosa del mundo».

«Ni dejó sistema alguno, ni fundación benéfica, ni regeneró nada, ni inventó nada, sino obscuridades ininteligibles, ni supo discurrir, ni escribió cosa que valga la pena de leerse».

*José Victorino Lastarria.*

«Un talento claro, vasto, generalizador, con muchas aptitudes para la especulación».

Ni su honradez, ni sus estudios, ni su facilidad de asimilación, ni su frase excelente, ni las ayudas oficiales que se le prestaron, nada logró hacer del vanidoso Lastarria el gran hombre que han incensado más tarde sus devotos póstumos.

«Un talento extraviado y superior a su obra».

*Diego Barros Arana.*

«Colocado en este terreno, el de los hechos, Barros Arana manifiesta ampliamente sus aptitudes y domina por completo el asunto. Su estilo sin color, olor, ni sabor, y su frase limpia y generalmente correcta, sin trasposiciones pintorescas, de estilo fácil, dejan ver los sucesos con sin igual transparencia. Pero cuando quiere levantarse a observaciones sociales o religiosas, las fuerzas le faltan, la sagacidad lo deja, pierde la circunspección y sólo nos da, en tono magistral y decisivo, fórmulas vagas o aseveraciones infundadas».

Su *Historia General de Chile* es «obra de labor inmensa y de gran sagacidad en la investigación; pero sin vida. Le falta el corazón y el pensamiento».

*Miguel Luis Amunátegui.*

«El único de nuestros historiadores que ha tenido un concepto verdaderamente artístico de la historia».

Escribió *La reconquista española, La dictadura de O'Higgins y El descubrimiento y conquista de Chile*. Pero sus aciertos duraron poco. Y el mismo Amunátegui «tuvo la culpa de su decadencia. Sacrificó el arte y la sinceridad a la ambición política. En castigo, la musa de la historia le volvió la espalda y le dejó en manos de una criada: la crónica adocenada y cundidora».

*Don Andrés Bello.*

Un sabio poco artista.

*El P. Manuel Lacunza.*

«Nadie entre nosotros (1892) ha poseído como él la índole del castellano familiar, corriente y expresivo».

*Benjamín Vicuña Mackenna.*

«Vicuña Mackenna fué un incansable investigador y compilador de documentos históricos, con un fondo humorístico que desahoga al acaso y que le da ciertos visos de originalidad. En cuanto al arte literario, ni lo poseyó ni se cuidó de poseerlo».

Todo ello sin olvidar la «percepción artística» que sólo el atropellamiento romántico de don Benjamín pudo hacer ineficaz.

Como se ve, el fundador de la crítica en Chile, no peca de benigno.

Un lector de Bloy lo llamó «empresario de demoliciones».

Empresas de demoliciones parecen, en efecto, sus análisis, ágiles, amenos, finos e implacables, de nuestros más famosos escritores del siglo XIX y de más de alguno del XX.

Y es que, a pesar de su magistral monografía de don Carlos Walker (1904), y otras páginas constructivas dignas de especial recuerdo, es en lo de analizar las flaquezas literarias ajenas donde don Pedro N. Cruz sobresale más.

«Ajeno a los círculos y corrillos, dice Ricardo A. Latcham; alejado de las academias y corporaciones doctas o semidoctas; consagrado por largos años al estudio, análisis y revisión de la literatura nacional, poseedor de una sólida, vasta y bien probada cultura», don Pedro N. Cruz, «ha sido un sereno, un insuperable maestro».

Su «espléndido aislamiento intelectual» le ha servido mucho. Pero tal vez era innecesario. Nadie habría esperado de don Pedro N. Cruz. variaciones acomodaticias.

Su independencia, su buen gusto, su perspicacia, esa su intelectualización de la malicia campesina», que dice Latorre; su gran cultura, su perspicaz sentido artístico, su poder de asimilación, la claridad de sus exposiciones, su espontaneidad, su espíritu satírico, su estilo flexible, su «tranquilidad para guillotinar celebridades, esa impavidez para afrentar la opinión común», como escribe Eliodoro Astorquiza, hacen de don Pedro N. Cruz algo completamente aparte en la historia de la crítica literaria chilena.

«El primero de Chile y quizás de la América Latina, en su género», ha sintetizado alguien que no es un ignorante.

«Después de haber convivido algún tiempo» con los espíritus de dos filósofos amables, don Enrique Molina escribe un libro de veneración simpática, cariñosa y dulce»: *Dos filósofos contemporáneos* (Guyau, Bergson)

Cada preferencia es una confesión.

Importa, pues, no olvidar el carácter reconocidamente artístico y social de la filosofía de Bergson y Guyau, para apuntar los primeros trazos del retrato de Molina: sus aficiones filosóficas con marcada tendencia artística (letras) y social (pedagogía).

Muy interesante el ensayo sobre el filósofo intuicionista; pero es mucho más interesante aún el consagrado a Guyau, como obra de mayor lucidez expositiva y fruto de mayor afinidad espiritual.

Y no se limita Molina a exponer el pensar de sus filósofos. Establece comparaciones; manifiesta preferencias; critica des-

aciertos y apunta de vez en cuando opiniones personales, discretas, muy propias del hombre de estudio que es el Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina.

Un ex Rector de la Universidad fiscal de Santiago, don Domingo Amunátegui Solar, ensaya por segunda vez una historia de las *Letras Chilenas*.

A pesar de sus numerosos peros, constituye un progreso respecto al *Bosquejo* de hace algunos años.

Respeto la cronología, ha suprimido varios nombres inútiles, y es menos impreciso en la caracterización moral y literaria de cada autor.

La reaparición del *Escalpelo* crítico de Ricardo A. Latcham, de que hablé hace más de un año, ha sido un éxito.

Don Julio Vicuña Cifuentes ha hecho una promesa: cortar su carrera de orador académico, elegante y fino. Pero antes revisa sus papeles, reúne algunos discursos, entre los cuales descuellan los dos consagrados a la literatura popular, y escribe como encabezamiento del volumen un *He dicho* arriesgado.

Una nueva *Cosecha de Otoño*, selecta y juvenil.

Arturo Torres Rioseco, el joven escritor chileno profesor de la Universidad de Texas (Estados Unidos), proyecta una vida de Rubén Darío y publica un estudio corto sobre *José Ingenieros* (1877-1925).

A pesar de su carácter de divulgación antológica ante todo, la selección de *Poetas de Hispano-América*, hecha por el profesor don Eduardo Solar Correa, vale por un buen esquema histórico-crítico de la poesía hispanoamericana.

Dividida en tres partes (*clásicos*, 1810-1840; *románticos*, 1840-1888, y *modernos*, 1888-1926), tanto la representación poética como la caracterización crítica de introducciones sintéticas y notas explicativas, son generalmente acertadas.

Finalmente, no será inoportuno anotar algunos nombres de escritores que, durante 1926, han firmado críticas en nuestras principales revistas y periódicos.

*Atenea* cuenta con el que está llamado a ser nuestro primer crítico literario, Luis David Cruz Ocampo.

En *La Nación*, mide obras nacionales con fino metro francés, Hernán Díaz Arrieta (*Alone*); y Anibal Jara Letelier (*León Roch*) hojea libros y revistas.

*El Mercurio* trasmite las autorizadas opiniones de *Ginés de Alcántara* y *Omer Emeth*; y la de Raúl Silva Castro.

*El Diario Ilustrado* da a conocer apreciaciones de Eliodoro Astorquiza, Ricardo A. Latcham, Manuel Vega, y, a veces, de don Pedro N. Cruz.

En *Zig-Zag* aparecen notas de Mariano Latorre; y en *Sucesos*, de Misael Correa Pastene y Januario Espinosa del Campo.

Desde *Los Tiempos* hablan Augusto Iglesias (*Dr. Canopus*), Hugo Silva Endeiza (*Julio César*) y Anibal Jara Letelier (*Ajax*).

*Las Últimas Noticias* recoge pareceres de Guillermo Rojas Carrasco y Eugenio Labarca.

En *El Sur* de Concepción instala su *Kaleidoscopio* Marta Brunet.

*La Unión* de Valparaíso suele traer crónicas literarias de Máximo Cardemil.

Y de vez en cuando también se ven notas literarias y otras crónicas de Armando Donoso, *Gabriela Mistral*, *Augusto D'Halmar*, Fernando García Oldini, Joaquín Edwards Bello, Alberto Rojas Giménez, Francisco Donoso, Marcelle Auclair y otras firmas.

## VI. HISTORIA

La historia continúa siendo uno de los géneros más favorecidos por nuestros escritores.

Don Luis Galdames, Rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui, abogado y profesor de historia, publica el primero de

los tres volúmenes de una obra notable: *La evolución constitucional de Chile, 1810-1925*.

Es un volumen de 970 páginas, de formato grande y de redacción apretadita.

Aunque el título parece limitar el tema al campo histórico-constitucional, el señor Galdames se sale del marco y nos da un cuadro admirable de la sociedad colonial y de los primeros años de Chile independiente, hasta 1833.

Páginas opulentas de interés, que nos revelan un historiador de muchos estudios, armado de una serenidad no común y maestro en trazar síntesis perfectas. Ya no son los desfiles de citas de nuestros documenteros. A lo sumo, algunas notas discretas sobre las principales fuentes donde bebió sus animadas visiones de conjunto.

Don Virgilio Figueroa, sin ayuda oficial ninguna, sigue consagrando su vida al *Diccionario histórico y biográfico de Chile*.

El primer tomo (1926), de 600 y tantas páginas, alcanza sólo hasta la voz Arteaga.

Se trata de una obra monumental, merecedora de la cooperación de todos los chilenos.

Quiera Dios dar al autor los años necesarios para llevar a buen término su gran empresa.

El dramaturgo de *La Rechazada*, Eugenio Orrego Vicuña, pasa el año 1926 en el Japón.

Mientras tanto, una imprenta santiaguina lanza una nueva obra histórica suya.

Las dotes intelectuales, la caballerosidad y demás virtudes de don Manuel María Aldunate Solar y su papel de víctima, leal hasta el sacrificio de la juventud y de la vida, hacen del canciller de Balmaceda una figura de gran interés y simpatía; y el estudioso y el artista que es Eugenio Orrego, activo y sereno, enriquece su haber literario con una de las mejores obras históricas de 1926: *Un canciller de la revolución*.

El Pbro. don Nataniel Eastman escribe una nueva monografía de *Portales*.

Sin decir grandes novedades sobre nuestro «mayor estadista», su trabajo vale por su serenidad de hombre estudioso y tranquilo.

Don José Toribio Medina continúa como en sus mejores días.

De sus publicaciones de 1926, recordamos: *Cervantes en Portugal*, *Escritores americanos celebrados por Cervantes en el Canto a Caliope* y su gran *Diccionario de anónimos y seudónimos hispano-americanos*.

Ricardo Donoso también sigue trabajando con actividad y eficacia.

El erudito folleto titulado *Una amistad de toda la vida: Vicuña Mackenna y Mitre*, podría considerarse un largo capítulo olvidado de su estudio sobre don *Benjamín Vicuña Mackenna*.

Don Guillermo Feliú Cruz, previa la ayuda del Embajador de los Estados Unidos en Santiago, Mr. William Miller Collier, desentierra el recuerdo de un personaje interesante, Mr. Joel Roberts Poinsett, encargado de *La primera misión diplomática de los Estados Unidos en Chile*.

Un pacienzudo investigador sanfernandino, Luis Amesti Casal, emprende la *Historia de Colchagua*, y comienza (tomo I) por las *Casas troncales*, estudio genealógico de más de doscientas cincuenta familias radicadas en Colchagua desde el siglo XVI al siglo XX.

El general don Juan Pablo Bennett publica sus memorias sobre *La revolución del 5 de Setiembre de 1924*.

La casa Nascimento reedita la *Historia de Santiago*, de Vicuña Mackenna.

Otras obras históricas o semihistóricas de 1926, se llaman: *Rasgos de la dominación española en América*, por Jorge Gus-

tavo Silva; *Celebridades italianas*, por Hugo Galasso; *La provincia de Linares*, interesante ensayo de Julio Chacón del Campo; *Monografía geográfica e histórica del Archipiélago de Chiloé*, por Jorge Schwarzenberg y Arturo Mutizábal; *La vida amorosa de Rodolfo Valentino*, por E. Ramond, traducción de María Monvel; *Vida y obra de la insigne educadora la Vble. Madre Joaquina de Mas*, por el P. Ignacio de Pamplona, capuchino; *Personajes chilenos*, por don Fco. Javier Ovalle Castillo.

Junto a las obras históricas, recordaremos también, por sus síntesis inolvidables, la de don Alberto Cabero sobre *Chile y los chilenos*, aunque su contenido forzosamente misceláneo rechace todas las clasificaciones.

Don Alberto Cabero ha conocido ocupaciones diversas. Profesor, comerciante, abogado, Intendente de Antofagasta, el actual Senador por Antofagasta es un hombre que ha estudiado y viajado detenidamente por todo Chile y otras partes de América.

Como autor, su obra *Chile y los chilenos*, sin ninguna réclame preparadora, lo ha impuesto de golpe a los lectores.

Dice por ahí el señor Cabero:

«No he tenido tiempo para profundizar las materias que voy a tratar en estas conferencias».

Sin embargo, su «vida presurosa y activa» no le ha impedido observar, estudiar y sintetizar como nadie hasta hoy, nuestro «medio físico», nuestra «raza» y nuestra «evolución», las tres grandes partes en que se divide *Chile y los chilenos*.

«El hecho solo, agrega Eliodoro Astorquiza, el hecho sólo de haberse aproximado a esas materias, revela ya un gran espíritu de estudio, y el hecho de haberlas tratado, aunque sea de un modo somero, pero siempre con claridad y livianura, revela un gran talento».

Hay que confesar, sin embargo, que el señor Cabero manifiesta más firmeza cuando se limita a observar o a referir, que cuando, como observa el mismo Astorquiza, «se remonta a las

ideas generales, a las fórmulas ambiciosas que pretenden abarcar y explicar fenómenos complejos y no bien estudiados».

A pesar de no tener la suficiente disciplina literaria práctica, los temas y el modo de desarrollarlos, hacen sumamente interesante el libro.

Y su autor se nos revela estudioso, tolerante, sincero, ecuanime y patriota.

Incita a la juventud a trabajar, porque *qui non laborat non manducat*, y porque el trabajo, como la obra misma del señor Cabero, hace bien al cuerpo y al alma.

Y ahora, una obra de carácter ambiguo: *En plena Colonia*.

Después de ensayarse en piezas teatrales, Aurelio Díaz Meza hojeó, leyó, y, a veces, estudió libros y papeles de antaño: y al cabo de algún tiempo, sabía no pocos chismes e historietas del Chile antiguo.

*La Nación* ha ido acogiendo, primero sus *Crónicas de la conquista* (1925), y luego los episodios de *En plena colonia* (1926) y demás relatos semilegendarios.

El público tampoco pecó de esquivo, sobre todo cuando la crónica era algo escandalosa o cuando el autor adulaba a los lectores recordándoles «los apellidos de gente bien que figuraron en la Colonia».

Como ex dramaturgo, Díaz Meza no era un novicio en el diálogo, aunque el lenguaje dejara bastante que desear. Además, escogió crónicas de asunto ameno; su ingenio y su estilo vivo, corriente, de periodista, les comunicaron algunos kilos más de interés. Y Díaz Meza quedó consagrado, por críticos y lectores indulgentes, como un *petit* Ricardo Palma chileno, que hubiera perdido la finura, la honradez literaria y la gracia verbal del maestro peruano.

## VII. ESTUDIOS DE ACTUALIDAD

El Canciller del Ministerio actual, Conrado Ríos Gallardo, tiene un compromiso serio: obrar conforme a las enseñanzas de

las 400 páginas de un libro suyo de meses antes: *Después de la paz*.

En él, Ríos Gallardo analiza brillantemente las relaciones chileno-bolivianas, y al mismo tiempo que llega a conclusiones muy desfavorables para la República del Altiplano, escribe la mejor defensa de los derechos chilenos en el ya viejo pleito.

Joaquín Edwards Bello publica en Madrid dos libros de porte pequeño y de importancia no pequeña: *El nacionalismo continental* y *Tacna y Arica*.

Las crónicas sobre *El nacionalismo continental*, llenas de verdades desagradables acerca de Estados Unidos y lo restante de América, provocaron comentarios extraordinariamente favorables de muchas plumas extranjeras ilustres, como Maezlu, Araquistain, Grau, Gómez Carrillo, Guillermo de Torre, Alfredo Bianchi.

Y en *Tacna y Arica*, en una forma de apariencia novelesca, Edwards Bello pinta admirablemente la atmósfera electrizada y sucia de Arica, en los meses de la preparación del plebiscito.

El mismo tema, aunque tratado de modo diferente, es el de *El proceso plebiscitario de Tacna y Arica*, por Domingo Arturo Garfías.

Alejandro Vicuña reúne, en *Tres pueblos encadenados*, tres conferencias sobre el fascismo, el bolcheviquismo y el origen de la Constitución chilena de 1925.

La selección de *Conferencias* dichas en el Club de Señoras, contiene algunos estudios de importancia, como los de *Omer Emeth*, Emilio Rodríguez Mendoza y otros.

Después de pasar algunos meses en el Mineral de Chuquicamata, Ricardo A. Latcham lanza un libro sensacional: *Chuquicamata, estado yankee*.

Enérgico, valiente, nacionalista, sincero, indignado y bien documentado, el estudio de ese lunar norteamericano aparecido en Chile, enseña muchas verdades dolorosas.

Verdades análogas enseña otro conocedor del tema, Eulogio Gutiérrez, autor de *Chuquicamata: Tierras Rojas*.

Para cerrar el párrafo, recordaremos las *Impresiones de viaje*, de don Santiago Cruz Guzmán, en Europa; la *Impresiones de viaje en Roma y Tierra Santa*, del P. Inocencio Marchessi; y las *Notas de viaje por Argelia*, del ingeniero don Rodolfo Jaramillo, Subdirector General de los Ferrocarriles.

### VIII. TEATRO

Muy pobre estuvo el teatro en 1925, pero en 1926 llegó a la miseria.

De entre las compañías visitantes, sólo la argentina de la Camila Quiroga y la peninsular de la Bárcena y Martínez Sierra merecen algún recuerdo.

Y de casa, lo poco que pudieron hacer Evaristo Lillo y Arturo Bührle.

¿Estrenos nacionales?

Fuera de algunos sainetes y otras piezas ligeras, no he sabido de otro estreno que *Más allá del honor*, de Víctor Domingo Silva.

Forma dramática exterior tienen, además, algunas obras impresas que paso a enumerar:

*La muerte del ideal*, prolongación trágica de la vida de Don Quijote, tratada en verso por don Javier Vial Solar, el de *Tapices viejos*.

*Más fuerte que la sangre*, drama de la señora Ana Neves, a quien dice Villaespesa: «No conozco ninguna obra de mujer, entre todos los pueblos de nuestra raza, tan bella y tan atrevida, tan sobriamente planeada, de diálogo tan natural y de un alcance psicológico tan profundo».

*Escenas líricas*, por don Francisco Concha Castillo, de la Academia Chilena. Cinco escenas de tema antiguo, de corte clásico y verso melodioso, movido, elevado, evocador.

Finalmente, imposible no recordar en estos apuntes que *Tragedia interior*, de Eugenio Orrego Vicuña, fué traducida al japonés por un tal K. Imona, y de Tokio ha vuelto hecha recreo de la vista, del tacto y del espíritu.

#### IX. TEMAS VARIOS

##### *Lingüística:*

Nascimento reedita el excelente *Tratado elemental de análisis de la proposición castellana*, de Carlos Vicuña Fuentes; y el académico don Miguel Luis Amunátegui Reyes reanuda, en *Ortografía razonada*, sus diestros ataques a la ortografía académica oficial.

##### *Sociología:*

La *Sociología chilena* del Pbro. don Guillermo Viviani tuvo una acogida halagadora y merecida.

Otros libros y folletos análogos fueron: *Nociones de sociología*, por Luis Lagarrigue; *La organización sindical en Chile y otros estudios sociales*, por don Moisés Poblete Troncoso, Subsecretario de Previsión Social; y *El problema social en la zona salitrera y Los tratados del trabajo*, por Jorge Gustavo Silva.

##### *Religión:*

Al lado de un estudio acatólico de Oscar Edwards Bello sobre *La Religión*, recordamos: *Manual de la doctrina cristiana* y *Los nuevos convertidos*, por el activísimo publicista salesiano don Bernardo Gentilini; y *El cristiano en la escuela del dolor*, por el P. Ignacio de Pamplona, capuchino.

##### *Derecho:*

*Programa del derecho civil*, tercer año, admirables apuntes sintéticos, en forma de esquemas, tomados por Humberto Donoso, capitán y abogado; *La Constitución de 1925 y el parlamentarismo en Chile*, por Hugo Zañartu Irigoyen; *Del contrato de prenda agraria*, por Francisco Barros Róbinson; *Las prescrip-*

*ciones de corto tiempo en el Código Civil*, por Pedro Lira Urquieta; *De la prueba documental en materia civil*, por Antonio Lyubetic K., etc.

*Pedagogía:*

*Pedagogía manjoniana*, notable estudio del P. Luis Ramírez Silva, profesor del Colegio de San Ignacio, en Santiago; *Pedagogía norteamericana*, por Laura E. Quijada Carrasco.

*Miscelánea:*

*Administración comercial de los ferrocarriles*, según las normas y experiencias de los ferrocarriles norteamericanos, por Raúl Simón, ingeniero, financista y humorista; *El culto del tigre entre los antiguos pueblos andinos*, por el sabio investigador don Ricardo E. Latcham; *Ensayo de traducción del Plomo de Alcoy*, por don Luis Thayer Ojeda, que dentro de poco publicará un sensacional *Ensayo de cronología mitológica*; *El imperialismo yanqui y su influencia en Chile*, por Augusto Santelices V.; *Errores financieros de actualidad*, por Guillermo Edwards Matte; *El valor de la psicoanálisis en policlínica*, por E. de Allende Navarro; *Nuevos conceptos sobre las psicosis funcionales*, por Agustín Arriagada; *Engaño* (Einstein, relatividad, equivalencia), por Guillermo E. King, etc.

## X. OTRAS ACTIVIDADES LITERARIAS

El premio Marcial Martínez, correspondiente a 1925, favoreció a Mariano Latorre, autor de *Ully*, y al economista don Daniel Martner.

A pesar de toda la bulla preparatoria, los juegos florales homenaje a San Francisco de Asís en el séptimo centenario de su muerte, resultaron un fracaso redondo.

Lo sentimos, por la memoria del santo que en otros países ha inspirado tanta página memorable.

Un grupo de sacerdotes residentes en Santiago fundó, a fines de 1926, una Academia Literaria del Clero. Puede que no muera de academismo.

Entre los escritores extranjeros que pasaron en 1926 por nuestras calles, habrá que anotar los nombres de Gregorio Martínez Sierra y Federico García Sanchiz.

Dos medianías más, entre las muchas que suelen venir a enseñarnos cómo nos llamamos.

Después de algunos años de silencio, Eliodoro Astorquiza vuelve a conquistar lectores para *El Diario Ilustrado*, con sus finos comentarios críticos.

Aunque, a juicio de algunos interesados, la selección no está bien hecha, la representación chilena del *Índice de la nueva poesía americana* publicado el año pasado en Buenos Aires, es, en general, bastante satisfactoria.

De Chile aparecen: Fenelón Arce, Rubén Azócar, Angel Cru- chaga Santa María, Rosamel del Valle, *Pablo de Rohka*, Humberto Díaz Casanueva, Juan Florit, Alejandro Gutiérrez, Manuel Eduardo Hübner, Vicente Huidobro, Juan Marín, J. Moraga Bustamante, *Pablo Neruda*, Salvador Reyes, Alberto Rojas Jiménez y Gerardo Seguel.

De entre las mejores conferencias del año, recuerdo especialmente algunas de Pedro Prado, sobre todo la consagrada a *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset (Universidad Católica); la de don Enrique Molina, sobre el mismo tema (Biblioteca Nacional); la de don Emilio Vaïsse (*Omer Emeth*) sobre Literatura francesa católica hasta 1850 (Universidad Católica); las del Pbro. don Francisco Donoso, sobre *Poesía hispano-americana* (Universidad Católica); etc.

Para terminar, algunas notas sobre las revistas:

*Atenea*, como otros años, una de las mejores revistas del habla castellana.

*La Revista Católica* se pierde entre pastorales y decisiones episcopales. *La Revista Chilena* ya no es ni la sombra de lo que fué en los tiempos de don Enrique Matta Vial. *La Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales* apenas da señales de vida.

Después de muchos meses de interrupción, salen dos pobres cuadernos de la *Revista de la Juventud Católica*. No fué más larga la vida de *Panorama*. Y de *Rodó* aparece sólo un número.

Las revistas *Chile*, sostenidas en el extranjero por cónsules activos, (España, Inglaterra, Estados Unidos), tienen un interés de otro género.

Menos mal que la *Revista Universitaria* (Universidad Católica) adquiere interés gracias a los originales de Francisco Donoso; *La Información* inserta artículos literarios; y don Julio Vicuña Cifuentes funda y dirige, secundado por un grupo de profesores, otra de las pocas revistas que podríamos presentar satisfechos a la curiosidad de los lectores no chilenos: *Studium*.

## XI. LOS QUE SE FUERON

### *Gustavo Ried Silva*

*Los que se fueron...* se llamó en 1925 un librito de aspecto enlutado, que su autor, un señor *Gabriel de Medina*, tuvo el heroísmo de colocar en las librerías.

Meses más tarde, conocí a *Gabriel de Medina*. Era un artista enfermo. Estaba por terminar una antología chilena, manuscrita, bien seleccionada y de letra y dibujos maravillosos.

Pero, una mañana de Septiembre, un diario me dió una noticia desagradable.

El autor de *Los que se fueron...* se había ido.

Su verdadero nombre era Gustavo Ried.

### *Juan N. Espejo (1860-1926)*

Hace muchos años, escribió versos y otras cosas. Pero, desde hacía tiempo, el Rector del Instituto Nacional se había conver-

tido en el hombre del Instituto Nacional; y las gentes, enemigas de renocer en el prójimo aptitudes diversas, concluyeron por olvidar al escritor.

*Jorge Huneeus Gana* (1866-1926)

Abogado, político, diplomático y hombre de curiosidades artísticas.

Trazó un *Cuadro de la producción intelectual de Chile* (1910) que no se cita sino para recordar su insignificancia.

*Juan Ignacio Gálvez*

Alejado de su Colombia, este apóstol de la unión intelectual latino americana hacía ya tiempo que permanecía entre nosotros. Debía no volver a su patria.

*Federico Gana* (1867-1926)

Había nacido en Santiago.

Apenas recibido de abogado en 1890, partió a Londres como Secretario de la Embajada chilena. La revolución del 91 lo obligó a volver a Chile. Pero sus días londinenses no los debía olvidar más. Representaban su juventud, armada de una figura arrogante, de una cultura no común y de esa simpatía comunicativa que no lo abandonó nunca.

En un fundo que su familia tenía en la provincia de Linares, entre sauzales y alamedas, conoció la vida campesina, que después pintó de mano maestra en sus *Días de campo*, uno de los mejores volúmenes de cuentos que posee nuestra literatura.

Consumido por la bohemia y la abulia, pasó muchos años repitiendo una promesa que jamás cumplió:

—El lunes empiezo a ejercer mi profesión de abogado...

Hasta que, un día de otoño, hasta la posibilidad de prometer se acabó...

Deja un solo libro: *Días de campo* (1916), varias *Manchas*

*de color*, dispersas en las revistas; y el eco de muchas charlas en salas de redacciones y tertulias semiliterarias, donde su figura noble de artista y gran señor venido a menos, aparecía de cuando en cuando animando cariñosamente la producción ajena y haciendo proyectos magníficos.

Santiago, Liceo de San Agustín, Marzo de 1927.